gracias a los signos vigentes de una cultura que se construye incesantemente, al filo del acontecer.

Y la obra tiene una conclusión, una especie de admonición didascálica: "El hombre, desde el comienzo de su historia, siendo mortal, ha ambicionado vivir como un inmortal".

Juan Marín, versado en literaturas y filosofías exóticas, conocedor de las aportaciones freudianas y adlerianas, ha visto solicitada su atención por ese problema que tiene en su base un ansia de inmortalidad. Vivir desvivido, que disparó las ansias metafísicas de Soren Kierkegaard y de Unamuno.—*Vicente Mengod.*

■

https://doi.org/10.29393/At353-354-240SCVM10240

"El señor cuatro y otras gentes", de *Pablo de la Fuente*, Zig-Zag, 1954, Santiago

Se ha dicho que un cuento es un verdadero cosmos literario. Y así es, en efecto. Con frecuencia, se convierte en un verdadero compromiso estético, con soluciones inesperadas, más allá de las normas previstas. Porque resulta difícil trazar una curva exacta, que siga vibrando en su mismo punto de arranque y de terminación, después de haber encerrado en su área palpitaciones de auténtica vitalidad.

Quizás por esta razón el cuento, composición breve, pero exacta, admite en su desarrollo diversas orientaciones, todas ellas regidas por una finalidad concreta e ineludible, tal como la de resaltar los trazos esenciales de los personajes, y valorar el sentido íntimo e intransferible de las acciones.

La reciente obra de Pablo de la Fuente se titula *El señor Cuatro y otras gentes*. Es un mosaico de narraciones, concebidas de muy diversas maneras. Diríase que el autor ha querido exhibir una gama de posibilidades que, partiendo desde el cuento de tipo clásico, recorren atrevidas modalidades.

Es interesante citar el cuento, titulado "M. Lanoy", de profundo sentir emotivo, narrado con frases sencillas, escuetas, sin preocupaciones de estilo. Y, sin embargo, una afirmación dejada caer al sesgo, es suficiente para crear un clima humano y estético.

M. Lanoy es un francés aclimatado en España. El autor esgrime una razón sencilla. El francés quiso vivir y convivir la vida madrileña por obra y gracia del paladar. El vino consumó el proceso de aclimatación sentimental. Después vendrá la exposición de la fábula, en donde hay una doncella de cadera pingüe y seno alzado, una madre otoñal que llora de alegría y sorpresa, un padre que fraterniza con el gabacho, y una noche de amor, tan sólo insinuada, mientras los ojos del varón se llenan con el fulgor de una insospechada noche madrileña. Y cuando el cuentecillo termina, no hay culminaciones ni sorpresas. Todo sigue igual, pero la vida ha traspasado el alma de un hombre. He ahí el acierto, la nota mágica que arranca sutiles resonancias.

El cuento que da título al volumen, "El señor Cuatro" enfila rumbos de introspección, expone la voluntad caótica de un hombre que no ha encontrado la verdadera cifra de su personalidad. Su técnica es más original, el fluir del pensamiento necesita de un soporte material y concreto, ya que de esta forma la figura del "Señor Cuatro" se va proyectando sobre pantallas conocidas. El resultado está previsto desde las primeras páginas. El hombre se disgrega en conjeturas, descubre los cuatro ángulos, las plurales zonas obscuras y cambiantes de su espíritu. Y por esta razón, las posibilidades de amar y de encontrarse se desvanecen. Con este ensayo, el autor ha braceado con decoro en los mares del psicoanálisis, de las minusvalías y de la introspección. Su enseñanza es fácil. Algo así, como insinuar que los ojos del hombre son incapaces para descubrir su propio paisaje interior.

"El jovial Mr. Worth" evoca la figura de un ciudadano plurilingüe y cosmopolita, verdadero histrión del vivir, simpre en permanente huída de las realidades. El tema está enfocado a base

de contrastes anecdóticos. No hay un hilo conductor que sostenga la totalidad de la trama. Quizás el cuentista necesita conducir al lector, pero también es preciso que sepa plantear los conflictos de tal forma que los silencios valgan como fecundas insinuaciones. Y así opera Pablo de la Fuente. Cuando el personaje se le esfuma del papel, surge la nota, el rumor lleno de recuerdos, cuajado de acciones que envían su lejano mensaje. El jovial Mr. Worth ha huído de nuestro mundo habitual, pero los vientos y los hombres vuelven a entregarnos su extraordinaria presencia. Termina la evocación de este trotamundos, con ironía recaba nuestra atención. Pero antes de poder olvidarlo, el autor nos descubre sus gestos en Panamá. "Estaba trabajando de abastecedor de los barcos que cruzan el canal. Se había ido al trópico porque sintió que llegaba de repente la última juventud, y no hay nada como el trópico para la gente joven de cualquier edad que sea".

Muy distintos son los cuentos titulados "Un tipo extraño" y "La obsesión". En ellos el diálago es mínimo, ya que el autor se limita a recordar el hecho marginal, el problema conocido por casualidad. Y cuenta con fluidez, dejando que las palabras se ajusten a la realidad. No le interesa inventar, ni crearse complicadas deducciones. La vida, si bien es compleja, se articula en cañamazos sencillos, encantadores, con sus inevitables parcelas de tragedia. Y así, el "tipo extraño", después de haber narrado sus negros avatares, desaparece, deja temblando la nota sonora de su incertidumbre. Un interrogante se formula: ¿Puedo decir que era un tipo extraño?

Pablo de la Fuente agrega: "Pregunté al del puesto de periódicos. Tampoco apareció por allí desde el día en que estuvo en mi casa. Y jamás he vuelto a saber nada de él". Con esto basta para la culminación del cuento. La sugerencia y el acicate han disparado sus dardos certeros.

"La obsesión" expone el caso de un cultor del suicidio. Al final consigue sus anhelos. En una hoja de papel anota los síntomas

de su envenenamiento. La vida se le escapa, quiere recobrarla, pero es tarde. Por primera vez deseo y realidad coinciden. La obsesión alcanza sus dominios, dejándonos la impresión de un triunfo intrascendente.

Pablo de la Fuente ha realizado una experiencia valiosa. Sus páginas no pretenden círculos perfectos. Se da en ellas un fluir abierto, sin lastres metafóricos, sin pretensiones retóricas. Su prosa está aligerada de incisos y circunloquios. Y, sin embargo, se descubre un trabajo meticuloso. Porque nada más difícil que hallar un feliz paramento literario, manejando los elementos mínimos. —V. M.

■

"Cuentos de mi tierra", de *Alicia Santaella,* Santiago, 1954

Nada contribuye más a la armonía entre los pueblos que las relaciones culturales, sean literarias, artísticas o científicas. Se llega, por ese camino, a una fusión de almas que, a la postre, es más efectiva y duradera que los intercambios comerciales o las declaraciones de amistad de los gobiernos. Se produce la hermandad entre los países, incluso entre aquéllos que parecen más distantes por las diferencias idiomáticas o raciales. Y si esas relaciones son entre la Argentina y Chile, tan próximos y afines, qué de ventajas nos traería para un cabal conocimiento e inteligencia, sin recelos encubiertos ni nacionalismos excluyentes.

Alicia Santaella, joven escritora argentina, radicada en Chile donde ha formado su hogar, está realizando ese acercamiento de los espíritus. Su actividad literaria, a través de artículos, conferencias y cuentos, nos revela aspectos inéditos del alma y cuerpo de su tierra, vinculándonos a ella por el sentimiento y la simpatía.

En *Cuentos de mi tierra,* libro que acaba de editar en nuestro país, Alicia Santaella pinta ambientes y traza caracteres de